

La fuerza del mercado

LLLUEVE en la fría noche de León mientras los mineros cortan la carretera nacional. Les han dicho que el carbón comprado fuera, quizás en Sudáfrica o en Polonia, es mucho más barato. Eso puede reducir el precio de la energía eléctrica. A su vez la reducción en el coste de los kilovatios mejorará la competitividad de las empresas españolas.

Sus compañeros mineros de Asturias y de Teruel observan su reacción con interés e identificación. Sólo hace unos pocos meses que los asturianos salieron también a la carretera en una durísima marcha de cientos de kilómetros para «comunicarse» con la sociedad. También su carbón está «fuera de mercado».

Ese mismo día, en otros lugares muchos hombres y mujeres con distintos oficios y saberes, sin hueco en el mercado del trabajo, lo primero que han hecho después de desayunar ha sido ir a la oficina del Inem. Un viejo parado de cuarenta y cinco años, antes de salir, ha protegido con un plástico la jaula de sus canarios para preservarlos del frío mañanero.

Las pequeñas-grandes transformaciones se producen sin que se note mucho al principio. Hay cerca de diez mil familias que viven de la minoría leonesa. A todas ellas les afecta de lleno el precio del carbón en el mercado internacional. Por ahora siguen su ritmo de vida

anhelando la continuidad de unas circunstancias, de un entorno, de un modo de vivir en el que han estado instalados a lo largo de muchas generaciones.

Nos encontramos, la sociedad española, ante un tremendo dilema: No es fácil rechazar de plano las razones de los responsables políticos de la economía española que intentan cortar la sangría de millones de pesetas que se van en cada ejercicio presupuestario en malsostener las actuales explotaciones mineras. En una cañería con muchas grietas se está malgastando un agua preciosa, necesaria para tierras resacas. Es ésta la dimensión económica del problema. El carbón como fuente de energía de consumo ha perdido su relevancia en el mercado. Ahora es básicamente una «primera materia» para producir electricidad, que es la energía final por antonomasia. Por eso se ha producido la reacción de los mineros ante el anuncio de un protocolo —¿verdad que suena a eufemismo?— por el que las compañías generadoras de electricidad reducirían el consumo de carbón nacional a la mitad (del 31 por 100 al 15 por 100). Si el carbón polaco o el sudafricano cuesta cinco mil pesetas a pie de puerto, el de León entre diez y doce mil pesetas y de Asturias unas treinta mil, es fácil aproximarse a unas cifras de ahorro nacional verdaderamente significativas.

Pero es muy difícil, o debiera serlo para una conciencia nacionalmente solidaria, decir que sí sin más a esas razones, ignorando la vertiente social de ese problema. Como si todo se arreglara pagando de una vez el dinero que haga falta y cerrando. Cuando se anuncian decisiones traumáticas, deberían anunciarse al mismo tiempo —y no por afán de maquillaje— soluciones a los problemas sociales que explotan como consecuencia de las decisiones económicas. ¿Por qué se «provocan» esas reacciones? ¿se pretende acaso desarrollar cierta animosidad contra los que protestan por el trastorno que nos han ocasionado cortando las carreteras? Allá por el

año 79 existía un plan de cierre de las minas de Humosa, que tendría lugar el año 2010. Ese mismo plan, que establecía una cadena de jubilaciones anticipadas, contaba con la ayuda de financiación extranjera para montar una serie de industrias de metal-mecánica que diesen trabajo a los antiguos mineros y renovasen el tejido industrial. Nada de esto aparece ahora en el horizonte.

El peligro en casos como éste, ante el dilema inevitable, puede ser el de intentar esquivar de alguna manera la decisión y buscar resguardo en una fatalidad impersonalizada: el dios-Mercado tiene sus exigencias ineludibles que nos vienen impuestas, queramos o no. Como si se tratara de inundaciones, terremotos, enfermedades o muerte. El nuevo orden económico con sus parámetros de globalidad y de aceptación casi ciega de las leyes del mercado impone estas decisiones. No queda otra salida que la de someterse a ellas, guste o no guste.

La cuestión, sin embargo, no es tan sencilla. Las actividades que desarrollamos vienen determinadas por las órdenes que recibimos, por los precios que observamos o también por persuasiones valorativas que aceptamos.

Nuestra actividad queda configurada por el mundo jerárquico, por el mercado y pero también —y no en menor medida— por el sistema de valores. Tratar de dejar sólo al mercado la resolución de los problemas es una insensatez y una irresponsabilidad.

Las instituciones de las que surge ese poder jerárquico no son ajenas a nosotros. Todos nosotros, con nuestra debilidad o nuestra fuerza, somos las instituciones. Y somos conscientes de que es la ética, la nuestra, variada y extensa, la que configura el sistema de valores que aplicamos. Pero el mercado parece escapársenos de las manos.

Si el parlamento ordenara cerrar las minas, esa decisión sería atacable o defendible según la correlación de fuerzas

políticas que hubiera en ese momento. También se podría entender racionalmente una decisión de cierre basada en que los accidentes y las condiciones de trabajo en ese sector no compensan la obtención de carbón. Ambas decisiones serían comprensibles porque son actuaciones humanas, aunque no necesariamente se estuviera de acuerdo con ellas.

Pero si es el mercado el que, al ofrecer unos precios externos más bajos, cierra las minas se puede pensar que algo por encima de nosotros mismos, una fuerza incontrolable, una autoridad extraterrestre, determina sin apelación posible una necesidad frente a la cual no existe otra posición que no sea la del acatamiento. Sin embargo, el mercado no puede existir fuera de marco jerárquico y de un sistema de valores.

Se podrán cerrar o no las minas como se podrán o no privatizar empresas públicas, fomentar el empleo en precario, cuestionar la viabilidad de las pensiones en el futuro o amenazar con la imposibilidad de una sanidad o de una educación públicas. Decidamos sí o no, pero seamos conscientes de que será una decisión nuestra. No utilicemos al mercado como coartada.

Así, cuando los que vengan detrás de nosotros nos oigan lamentar, sabrán que fuimos los responsables de lo que ocurrió en cada momento. Para bien y para mal.